

La abundancia del vino en Cana

En las bodas de Cana, llega a faltar -cosa insólita y rarísima, nunca oído entre nosotros-, el vino, que es el símbolo de la alegría, con que los recientes esposos empiezan a festejar su nueva vida y quieren contagiar de júbilo a los invitados. Entre estos invitados se encuentra María, la madre de Jesús. Ella sabe estar atenta -mira por encima de su plato y de su jarro- y cae en la cuenta de una carencia; quiere evitar la vergüenza y el bochorno de estos jóvenes esposos. Por eso acude a su Hijo y le presenta discretamente la situación. Le indica que no tienen vino.



El evangelista Juan ha visto en estas palabras de la Virgen, no sólo la referencia concreta a aquella circunstancia coyuntural de Cana, en donde faltaba el vino, sino el lamentable estado en que se halla el mundo: no tiene absolutamente vino. No tiene, pues, la presencia de Cristo, quien constituye la causa de la alegría, el único capaz de cambiar el agua en vino. Nuestro mundo carece por completo de verdadera alegría, vive en la tristeza y vegeta en el desconsuelo. María quiere remediar esta postración; pone a los sirvientes a disposición de Jesús: «lo que Él os diga, esos haced». Y Jesús hace un prodigio admirable: cambia el agua en vino. En total son seiscientos litros de vino los que bullen sabrosos y espumantes en aquellas tinajas de piedra. Una cantidad, creemos, excesiva, desbordante. Y es que Cana no significa sólo la realización de un prodigio, sino el cumplimiento de un «signo».

El vino es una de las imágenes con que el Antiguo Testamento expresaba el gozo de los últimos tiempos: Amos 9,13-14; Oseas 14,7; Jeremías 31,12. Los escritos apocalípticos judíos hablan con hipérbolos desmesuradas del enorme caudal de vino (I Henoc 10,9). El segundo libro de Baruc (29,5) describe una copiosísima producción de vino. «Cada cepa tendrá mil sarmientos; cada sarmientos mil racimos; cada racimo mil uvas, y cada uva dará quinientos jarros de vino.» Como se ve, habrá tal cantidad de vino, como para ahogar toda pena y hacer subir por las ramas, cantando, a la alegría. La

alegría en persona que es Cristo se acerca, merced a la sencilla presencia de María -ambos caminan de la mano-, para regalar a la humanidad el don de una alegría que ya nunca va a acabar. Cristo está con nosotros. María lo ha traído. Ya nada ni nadie será capaz de arrebatarnos esta alegría del corazón de los discípulos (Jn 16,22)

Francisco Contreras Molina, cmf (Iris de Paz)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/la-abundancia-del-vino-en-cana